

LIBRO XIX.

DESDE LA CONQUISTA DE ORIENTE POR LOS MUSULMANES
HASTA FIN DEL SIGLO VII.

DE 640 A 709.

PARTE de la nación de los lombardos continuaba profesando el arrianismo, y su rey Rotaris, elegido en el año 638, seguía también aquella heregía. Así casi todas las ciudades de su reino tenían dos obispos, uno católico y otro arriano. Rotaris reinó catorce años, y fué quien mandó redactar por escrito las leyes de los lombardos á los setenta y siete años de su entrada en Italia. Su hijo Rodolfo, que le sucedió el de 652, murió al siguiente, y fué reemplazado por Ariberto, bávaro de nación, cuyo reinado duró ocho años. A su muerte se dividió el reino entre sus hijos Pertarito y Godeberto, ambos católicos; pero Godeberto pereció de allí á poco tiempo por la traición de Grimoaldo, duque de Benevento, que hizo que le proclamaran los lombardos su rey. Pertarito, obligado á huir, volvió á ocupar el trono después de muerto Grimoaldo el año 671, y dejó el reino á su hijo Cuniberto que reinó hasta fin del siglo VII. Muchos duques lombardos se aprovecharon de las turbulencias del Estado ó de la debilidad de los reyes para extender su dominación ó conquistar poco á poco la independencia, y de ahí provinieron la mayor parte de las reducidas soberanías que veremos perpetuarse tanto tiempo en Italia.

La heregía de los monotelitas se sostenía en Oriente por la autoridad del emperador Constante y de Pablo, patriarca de Constantinopla. Habiendo recibido el Papa Teodoro las letras sinódicas de este último, en que el hipócrita sectario tenía buen cuidado de disimular sus errores, le escribió que aboliera la eclesis, y remitió adjunto á su carta un decreto que condenaba aquel edicto: al mismo tiempo envió dos legados para congregar un concilio y pronunciar la destitución de Pirro, que había tenido que dejar su silla sin ser juzgado canónicamente. Estas diligencias del Papa no produjeron ningún efecto, y no tardó en saber por las quejas de Sergio, metropolitano de la isla de Chipre, que la eclesis continuaba fijada públicamente en Constantinopla. Al señalar aquel obispo la protervia de los monotelitas, declaraba á nombre de toda su provincia, que era adicto invariablemente á la fé de San Leon, y que quería seguir en todo la doctrina de la Santa Sede, cuya autoridad dice que tiene su origen en la potestad dada á San Pedro por Jesucristo. Estéban, de Dora, enviado á Roma por San Sofronio, se quejó de que Pablo hubiese sostenido con su valimiento en Constantinopla á al-

gunos obispos consagrados irregularmente en el patriarcado de Jerusalen, porque había consentido en firmar la eclesis. Con este aviso, el Papa Teodoro nombró á Estéban su vicario en Palestina, con facultad de destituir á aquellos obispos si no abjuraban la heregía que habían aprobado. Después hizo multiplicadas y eficaces amonestaciones á Pablo por medio de sus legados antes de resolverse á tomar medidas de rigor contra él; pero no adelantó nada con aquel patriarca obstinado, cuyos errores suscitaron también quejas de los obispos de Africa.

Los primados de la Numidia, de la Bizacena y de la Mauritania remittieron los concilios de sus provincias el año 646, y escribieron en comun una carta sinodal al Papa Teodoro en nombre de todos los obispos, rogándole que pusiese sus representaciones en conocimiento del patriarca de Constantinopla. Llaman al Papa padre de los padres, señor y cabeza de todos los pastores que hay en el mundo; y declaran que según las antiguas reglas, no debe tomarse ó adoptarse ninguna decision en las provincias mas remotas, antes de someterla á la Santa Sede para que la confirme con su autoridad; y añaden que todas las Iglesias deben recibir la doctrina de la fé de esta silla, como de una fuente siempre pura. Un concilio de la provincia proconsular escribió también al patriarca de Constantinopla contra el monotelismo, y aun tenemos esta carta sinodal suscrita por sesenta y ocho obispos. Fué enviada al Papa como la de las otras provincias, y Victor, primado de Cartago, le rogó que la remitiese por sus legados. Por último, los obispos de la Bizacena escribieron al mismo emperador suplicándole que obligase al patriarca Pablo á seguir la doctrina de toda la Iglesia.

San Máximo, que se hizo célebre por su celo, afanes y padecimientos en favor de la fé católica, había confundido el año anterior á Pirro, uno de los gefes del monotelismo en Africa. Aquel santo doctor era natural de Constantinopla, y pertenecía á una de las familias principales del imperio: recibió una educación conforme á su nacimiento y llegó á ser uno de los hombres mas sábios de su siglo; pero su modestia igualaba á su mérito. Nombrado primer secretario de Heraclio contra su voluntad, no tardó en dejar este cargo para encerrarse en el monasterio de Crisópolis, cerca de Calcedonia, donde por sus virtudes fué elegido abad á poco tiempo. Los progresos que hacía la heregía en Oriente, le determinaron á pasar de Constantinopla á Africa, donde descubrió á los obispos los artificios y sutilezas de los monotelitas, y sobre todo clamó con energía contra Pirro que se había retirado de la misma provincia. El gobernador de Africa los convidó á celebrar una conferencia pública, á que asistió él mismo con muchos obispos y otras personas distinguidas. San Máximo hizo ver hasta la última evidencia por diversos pasages de la Sagrada Escritura, de los concilios y de los santos Padres, que para ser católico había que recono-

cer dos voluntades y dos operaciones en Jesucristo: que este dogma era una consecuencia necesaria de las dos naturalezas; y que no se podía poner en duda sin destruir la integridad y la perfeccion de la naturaleza humana en la Encarnacion. Respondió con tanta solidez como precision á todas las objeciones de los monotelistas, y probó con los testimonios que hemos citado anteriormente, que se abusaba de las cartas de Honorio, interpretando en el sentido de una voluntad única lo que este Papa habia escrito para excluir dos voluntades contrarias en la humanidad; por último, demostró que la cuestion interesaba esencialmente á la fé, y que querer dejarla indecisa prohibiendo hablar de una ó dos operaciones, era dar un motivo de triunfo á los hereges. En efecto, éstos se burlaron de los católicos despues de la publicacion de la ectesis, y decian por zumbra en los parages públicos: "Los calcedonianos despues de haber sido nestorianos, habian reconocido la verdad, y reunidos á nosotros confesando una sola operacion; y ahora no sabiendo ya que creer no quieren reconocer ni una ni dos."

No dudando Pirro responder nada á las razones de San Máximo, declaró que estaba pronto á abjurar sus errores, y pidió permiso para pasar á Roma á fin de presentar al Papa una retractacion por escrito. San Máximo marchó con él. El sumo Pontífice acogió bondadosamente á Pirro, y despues de haber recibido su retractacion á presencia del clero y de los fieles, le trató como obispo, mandó ponerle una silla cerca del altar, le dió dinero para hacer dádivas al pueblo, y le suministró todo lo que necesitaba para su manutencion á expensas de la Iglesia romana. Pero habiendo pasado de allí á poco el inconstante patriarca á Ravena, no tardó en reincidir en su error y en profesar de nuevo el monotelismo: es probable que se dejó ganar por el exarca con la esperanza de recobrar su silla. El Papa Teodoro, indignado de una recidiva tan pronta, reunió los obispos y el clero en la Iglesia de San Pedro, y pronunció la deposicion de Pirro con anatema. Dicese que pidió el cáliz y tomó un poco de la preciosa sangre de Jesucristo para firmar la sentencia (1).

El patriarca Pablo, estrechado con las cartas de los obispos de Africa y con las instancias reiteradas de los legados, se habia resuelto por fin á escribir al Papa para explicar su doctrina: pero en vez de retractar la heregia, procuraba justificarla con las sutilezas ordinarias de los monotelitas, y sostenia descaradamente que todos los santos Padres estaban de acuerdo para enseñar la unidad de voluntad, apoyándose sobre todo en la autoridad de Sergio y del Papa Honorio. Sin embargo, como la ectesis continuaba suscitando las reclamaciones de los católicos, resolvió suprimirla, y persuadió al emperador que publicara un edicto para imponer silencio so-

(1) Theoph.—Anat. Vit. Pontif.

bre estas cuestiones. Este edicto se llamó tipo ó fórmula. El emperador, ó mas bien el patriarca en su nombre, exponia primero el objeto de la controversia, alegaba sumariamente las razones de los dos partidos, y añadía: "Prohibimos á todos nuestros vasallos católicos, que disputen en lo sucesivo de cualquiera manera que sea tocante á una ó dos operaciones, una ó dos voluntades. Mandamos que se atengan á las Santas Escrituras, á los cinco concilios ecuménicos y á los pasajes de los santos Padres, cuya doctrina es la regla de la Iglesia, sin añadir ó quitar nada, ni explicarlos segun las opiniones particulares; y que quede todo en el estado en que se hallaba antes de estas disputas como si no se hubieran promovido." Luego declaraba suprimida la ectesis, y pronunciaba penas contra los que contraviniesen á su decreto; á saber, la deposicion para los obispos y clérigos, la excomunion y expulsion del monasterio para los monges; y para los seglares la destitucion, la confiscacion de bienes ó el destierro, y el castigo corporal segun la condicion de las personas. Este edicto, que se diferenciaba de la ectesis en que no declaraba expresamente la unidad de voluntad como esta, se publicó el año 648, y disgustó en igual grado á los católicos y monotelitas.

Viendo el Papa Teodoro, que ni sus cartas ni las advertencias de sus legados habian podido atraer al patriarca Pablo á la fé católica, pronunció sentencia de deposicion contra él. En cuanto lo supo éste, derribó el altar que tenia el sumo Pontífice en Constantinopla, en el palacio de Placidia, donde habitaban los legados, á quienes prohibió celebrar allí los santos misterios. Tambien se propuso á cometer violencias con ellos, y envolvió en la misma persecucion á muchos obispos y otros católicos celosos, de los cuales unos fueron encarcelados, otros desterrados, y otros maltratados cruelmente. El Papa Teodoro murió de allí á poco tiempo, en Mayo del año 649, y le sucedió San Martín que habia sido legado en Constantinopla.

A los tres meses de su consagracion, convocó este Pontífice un concilio en la iglesia del palacio de Letran en Roma, y asistieron á él ciento cinco obispos de Italia, Sicilia, Cerdeña y algunos de Africa. Se observa que entre tantos obispos no hay un solo nombre bárbaro. El concilio se abrió el 5 de Octubre del año 649, y tuvo cinco sesiones. En la primera expuso el Papa el objeto de la reunion, y dijo en sustancia: "Bien sabéis los errores introducidos por Sergio, de Constantinopla; Ciro, obispo de Alejandría; Pirro y Pablo, quienes han enseñado que no hay mas que una operacion de la divinidad y de la humanidad en Jesucristo. Sergio compuso despues una exposicion herética bajo el nombre de Heracio, entonces reinante, en que sostiene que no hay mas que una voluntad en Jesucristo, como una consecuencia de una sola operacion. Pablo, de Constantinopla, ha sorprendido al emperador á ejemplo de

Sergio, y le ha persuadido que publique un tipo que destruye la fé católica, prohibiendo decir una ó dos voluntades. Nuestros predecesores no cesaron de escribir á aquellos obispos de Constantinopla en diferentes tiempos, usando de súplicas y reprensiones; pero todo fué inútil. Por tanto, he juzgado necesario congregarnos, á fin de que todos juntos en presencia de Dios que nos ve y nos juzgará, examinemos lo que mira á estas personas y sus errores." En seguida se leyó una carta presentada por los diputados del obispo de Ravena, que se disculpaba de no poder asistir en persona al concilio, y condenaba todos los escritos en que se sostenian dichos errores. El obispo de Aquileya hizo la observacion de que bastaban una ó dos personas para acusar á los patriarcas monotelitas, en atencion á que sus escritos los convenian; y el concilio adoptó este parecer. Tal fué el objeto de la primera sesion. En la siguiente ordenó el Papa que la acusacion fuese propuesta ó por las partes interesadas, ó por el primicerio y los notarios de la Iglesia Romana en vista de los documentos auténticos sacados de sus archivos. Estéban, obispo de Dora, presentó una querrela en forma, que exponia toda la série de la cuestion, y se mandó insertar en las actas, como tambien otro pedimento presentado por gran número de abades y monges griegos, muchos de ellos presbíteros ó diáconos, contra el monotelismo. Estos solicitaban que el Papa mandase traducir exactamente en griego la decision del concilio, á fin de poder dar su consentimiento despues de enterados de ella; lo que significa que deseaban tener una traduccion aprobada por el concilio mismo, y no que quisiesen arrogarse el derecho de juzgar la definicion pronunciada por el Papa y los obispos, supuesto que al principio de su pedimento reconocen expresamente á la Santa Sede por cabeza de todas las Iglesias, y añaden que todo el mundo aguarda con respecto su decision. Luego se leyeron las querellas que habian enviado al Papa Teodoro el metropolitano de la isla de Chipre y los obispos de Africa.

En la tercera sesion se leyeron los escritos de los monotelitas, á saber; diversos extractos de una obra de Teodoro, obispo de Paron, los artículos de Ciró con su aprobacion de la eclesía, las cartas de Sergio y de Pirro, y unos extractos de los concilios celebrados por estos dos patriarcas para confirmar el edicto de Heraclio. El Papa discutió á fondo la doctrina de los sectarios, combatió sus sutilezas é hizo resaltar los absurdos y contradicciones en que los habian precipitado sus sistemas heterodoxos. Uno de los principales argumentos de los monotelitas, se fundaba en la operacion teándrica, de que se habla en las obras atribuidas á San Dionisio Areopagita. Primeramente se patentizó que Sergio y Ciró habian variado su sentido con alteraciones ó supresiones, y luego se cuidó de explicar esta expresion como lo habia hecho San Sofronio, porque ya no se disputaba la autoridad de estos libros desconocidos cien años antes.

"La palabra teándrica, dice San Martin, implica necesariamente dos operaciones. San Dionisio usó de esta palabra compuesta para denotar así su union en una sola persona, porque el mismo Jesucristo hacia humanamente las acciones divinas, y divinamente las acciones humanas. Esto es lo que expresa San Leon diciendo que cada naturaleza obra en él lo que le es propio; pero con la participacion de la otra."

En la cuarta sesion, hizo tambien el Papa algunas observaciones sobre los documentos leídos anteriormente, y manifestó que los sectarios se habian condenado á sí mismos con sus variaciones: "Porque Ciró, dice, pronunció anatema contra todo el que no diga que Jesucristo obra por una sola operacion: Sergio y Pirro lo aprobaron; y sin embargo, los tres suscribieron la eclesía, que prohíbe decir ya una, ya dos operaciones; luego incurrieron en su propio anatema. En seguida se trató de la causa de Pablo, de Constantinopla: se leyeron su carta al Papa Teodoro y el Tipo, cuyo autor era, y se hicieron notar tambien sus variaciones, porque despues de haber enseñado la unidad de voluntad en su carta, prohibia defenderla en el tipo. Con respecto á este edicto se expresa así el concilio: "Sin duda es una ventaja que no haya disputa sobre la fé; pero no es lícito desechar el bien con el mal, y la doctrina de los santos Padres con la de los hereges. Esto es querer mantener las disputas en vez de extinguirlas, porque nadie puede renunciar á la defensa de la fé por apartarse de la heregía. Nos está mandado evitar el mal y obrar el bien, y no desechar el uno y el otro. Luego no se debe castigar indistintamente á los que enseñan una ó dos operaciones, una ó dos voluntades en Jesucristo, sino solamente á los que se apartan de la doctrina que enseñaron los Padres. Así, aunque alabamos la buena intencion del emperador, desechamos las disposiciones de su edicto como opuestas á la regla de la Iglesia, que no condena el silencio mas que á los enemigos de su doctrina, y prohíbe afirmar ó negar al mismo tiempo la verdad y el error." En la misma sesion se leyeron las definiciones de los concilios generales, y en la siguiente muchos pasages de los Padres, que condenaban evidentemente la heregía de los monotelitas, ya profesando en términos expresos dos operaciones y dos voluntades, ya probando separadamente la voluntad divina y la voluntad humana, ya por fin sentando que cada una de las dos naturalezas conservaba sus propiedades: despues para acabar de confundir á los monotelitas se produjeron muchos pasages, en que los apolinaristas, los nestorianos, los eutiquianos y otros hereges, enseñaban como una consecuencia de sus principios heterodoxos la unidad de operacion y de voluntad. Examinada así la materia á fondo, el concilio pronunció su resolucion en veinte cánones, en que condena las diversas heregias sobre la Trinidad y la Encarnacion, y especialmente la de los monotelitas, y anatematiza á los que no admiten mas que una

operacion ó una voluntad en Jesucristo, á los que no quieren decir ni una ni dos voluntades, á los que explican la operacion teandrica en el sentido de una sola operacion, ó se atreven á hacer nuevas explicaciones de fé y atribuir sus doctrinas heterodoxas á los Padres y á los concilios. El cánón diez y ocho anatematiza á Teodoro, de Faran, Ciró, de Alejandria, Sergio, de Constantinopla, Pirro y Pablo sus sucesores y á todos los que participan de su heregia. Tambien se condenaron como impíos la ectesis y el tipo; pero por prudencia no se hizo ninguna declaracion en particular contra los emperadores. El Papa, y despues de él todos los obispos presentes suscribieron estas definiciones: el obispo de Milán y otros que no habian podido asistir al concilio, las suscribieron luego, y aprobaron especialmente en su suscripcion la condenacion de las cinco personas y del tipo y ectesis.

El Papa San Martín envió las actas de este concilio á diferentes Iglesias de Oriente y Occidente con una circular en que exhortaba á todos los fieles á apartarse de la doctrina de los novadores sin dejarse intimidar por las amenazas de los hombres. Escribió en particular á los obispos de Africa, manifestándoles que habia aprobado la fé contenida en sus cartas sinodales. San Amando, obispo de Maestrich, le habia consultado sobre la conducta que debia observar con algunos clérigos escandalosos y sobre la heregia de los monotelitas: el Papa aprovechó esta ocasion para enviar las actas de su concilio á las Galias, y se las encomendó al diputado de San Amando con una carta en que despues de felicitarle por sus desvelos y responder á sus consultas, añadía: "Cuidareis de comunicar estas actas y nuestra circular á todo el mundo; y los obispos de vuestras provincias, despues de confirmar en concilio lo que hemos hecho por la fé, nos enviarán sus suscripciones." Rogad tambien al rey Sigeberto que nos envíe obispos para que se encarguen de la legacion de la Santa Sede y lleven al emperador las actas de nuestro concilio con las del vuestro." Al remitir al emperador las actas del Concilio de Roma, acompañó una carta firmada de todos los obispos, por la que le exhortaba á mantener la fé católica, y para suavizar lo que podia mortificarle la condenacion del tipo, cuidaba de darle á entender que estaba bien persuadido de que él no habia publicado aquel edicto de motu proprio, sino por una inspiracion extrana.

San Martín nombró á Juan, de Filadelfia, su vicario en los patriarcados de Antioquia y Jerusalem con facultad de poner obispos, presbíteros y diáconos en las Iglesias católicas, de reconciliar á los que quieran renunciar á la heregia y confirmarlos en su título con tal que no haya otro impedimento canónico. "Os damos estas facultades, le dice, á causa de la fatalidad de los tiempos y en virtud de la autoridad que tenemos de San Pedro. Así, cuidad de proveer las Iglesias de ministros sin tardanza, exhortad á los que ya están

dispuestos á convertirse, y haced que den su profesion de fé por escrito. En cuanto al falso obispo de Antioquia, Macedonio, despreciad sus reclamaciones y amenazas, porque la Iglesia católica no le reconoce por obispo, no solamente porque usurpa su título contra los cánones sin haber sido elegido por el pueblo, sino tambien porque está unido á los hereges que le han nombrado en recompensa de su traicion. Lo mismo sucede con Pedro que suponen haber hecho obispo de Alejandria." El Papa informó á las Iglesias de Oriente de esta medida, y encargó á los obispos de Palestina y al abad del monasterio de San Teodosio, que auxiliaran á Juan, de Filadelfia, para el cumplimiento de su comision.

Grandemente se irritó el emperador al saber la condenacion de su edicto. Habia dado antes órden al exarca de Ravena para que todos los obispos de Italia suscribieran el tipo, y el exarca no habia omitido diligencia para impedir la reunion del concilio y asegurar la persona del Papa; pero habia encontrado tantos obstáculos, que no habia podido ejecutar su intento. El emperador tomó nuevas medidas, y el Papa fué preso el año 653, para ser conducido á Constantinopla como acusado de heregia y de crimen de estado, porque para colorear una violencia tan odiosa no se limitaron á reprochar al santo Papa la condenacion del tipo, sino que le acensaron de que no honraba á la Santísima Virgen como madre de Dios, y de que habia enviado cartas y dinero á los musulmanes que acababan de invadir la Sicilia. El Papa estaba enfermo en la cama hacia mucho tiempo, y al saber los designios que contra él se fraguaban, hizo que le llevaran á la Iglesia de Constantino, donde entraron con espada en mano los soldados encargados de prenderle, y cometieron muchos desórdenes. Le sacaron de Roma á media noche para que no pudieran seguirle los clérigos, y le tuvieron embarcado tres meses, sin permitirle, á pesar de sus dolencias, saltar á tierra ó recibir algun alivio en las islas donde tuvo que detenerse la tripulacion. Transportáronle á la de Naxos, y allí le dejaron un año entero. Los fieles acudian solícitos á remediar sus necesidades; pero las guardias les robaban todo á su presencia, le llenaban de impropiedades, maltrataban á sus bienhechores, y los amenazaban con la indignacion del príncipe. Por fin el emperador mandó llevarle á Constantinopla, y despues de haberle tenido expuesto á los insultos del populacho desde la mañana hasta la noche, le encerraron en una prision oscura, donde permaneció tres meses condenado á las mas horribles privaciones: de allí le sacaron para hacerle un interrogatorio, en que no se observó ninguna regla, y tuvieron que llevarle porque no podia andar á causa de sus padecimientos. Los monotelitas, á fin de asegurar su perdicion, aparentaban tratarle como un criminal ya convicto de haber conspirado contra el emperador para entregar las provincias de Occidente á los enemigos del Estado. Presentaron veinte testigos contra él, la mayor parte soldados ganados por dinero; y

cuando San Martín lo vió entrar, dijo sonriéndose: "¿Son estos los testigos? ¿Son estos vuestros procedimientos?" Nadie le respondió; pero se mandó á los acusadores que juraran sobre los Evangelios decir verdad. El santo Papa teniendo aquella profanacion, dijo á los magistrados: "Yo os pido en nombre de Dios que no los hagais jurar; ahorrades ese crimen y haced conmigo lo que querais." Trató de justificarse acerca de una de las acusaciones, y comenzaba á hablar del tipo de Constante, cuando le interrumpió el prefecto, diciendo: "No nos habléis de doctrina; aquí se trata de crimen de estado. Todos somos cristianos y ortodoxos."—"Ojala que así fuese! dijo el ilustre acusado; pero en el día terrible del juicio yo daré testimonio contra vosotros sobre este artículo."

Luego que se oyeron todas las declaraciones, fué conducido el santo Papa al patio de palacio, y de allí á una azotea, á fin de que el emperador pudiese ver por entre las celosías de su cámara los indignos tratamientos que aquel sufría. Se mandó al pueblo que le dijese anatema como á un traidor condenado; pero los mas en vez de obedecer, bajaron los ojos arrasados en lágrimas, ó se retiraron ahogándose en sollozos. Luego le arrancaron los verdugos la estola, le despojaron de sus vestiduras, y no le dejaron mas que una simple túnica sin ceñidor y aun la rasgaron de arriba abajo por ambos lados. Echáronle una argolla al cuello, y así le llevaron por la ciudad yendo delante el verdugo con una espada desenvainada para denotar que estaba condenado á muerte. Cuando llegó al pretorio, le cargaron de cadenas y le encerraron en una prision, donde le metieron los verdugos con tanta brutalidad, que se desolló fuertemente las piernas, y regó de sangre la escalera. Estaba tan extenuado de cansancio y de dolores, que se cayó muchas veces en el calabozo, y le echaron sobre un banco donde permaneció largo tiempo sin hablar y muerto de frío, porque estaba casi desnudo y era el mes de Diciembre y el invierno rigorosísimo. Por fin, movido á compasion el prefecto de Constantinopla, le envió alimento y mandó quitarle las cadenas.

En esto cayó peligrosamente enfermo el patriarca Pablo, y habiendo ido á verle el emperador, le contó de qué manera habia sido tratado el Papa. Pablo dió un profundo suspiro, y volviéndose hácia la pared, exclamó: "Ah! eso es lo que va á poner el sello á mi condenacion." Luego suplicó encarecidamente al emperador que no llevase mas adelante los efectos de su odio. Murió á los pocos días y Pirro volvió á su silla; pero tambien falleció á los cinco meses. Como los monotelitas se oponian á su reposicion por haberse retractado en Roma; el emperador mandó examinar al Papa sobre las circunstancias de aquella retractacion, y entre otras cosas se le preguntó de dónde sacaba Pirro su subsistencia, y qué pan se le daba. El santo Papa respondió: "No conoceis la Iglesia romana: sabed que cualquiera que va allí á pedir hospitalidad, puede estar se-

guro de que no le faltará nada. Recibe pan blanquísimo y vinos de diferentes clases para él y para los criados de su casa. Juzgad por aquí cómo se debe tratar á un obispo."

El Papa estuvo cerca de tres meses en su nuevo calabozo, y al cabo de este tiempo, no atreviéndose el emperador á quitarle la vida, le relegó al Quersoneso, donde murió aquel á los seis meses el 16 de Setiembre del año 655. La Iglesia le honra como mártir el 12 de Noviembre. La historia de sus padecimientos se encuentra en las cartas que escribió á algunos amigos, y en una memoria que envió un católico á los obispos de Occidente. San Martín escribía así desde el lugar de su destierro: "Si no nos envian algun socorro, nos veremos condenados á morir muy pronto porque nada puede hallarse aquí donde el hambre y la miseria son extremadas. Todos los habitantes del pais son idolatras, y los extrangeros que vienen á él adquieren sus costumbres sin tener ninguna caridad, ni aun la compasion natural que se halla entre los bárbaros. No podemos proporcionarnos nada sino por los barcos que vienen á cargar sal, y solo he podido comprar una fanega de trigo por cuatro seldos de oro. Me admira la poca sensibilidad de mis amigos, y sobre todo de los de la Iglesia de Roma. ¿Qué temor humano puede impedirlos el cumplir el mandamiento del Señor con respecto á Nos? Si aquella Iglesia no tiene dinero, no carece de trigo, vino y otras provisiones para proporcionarnos algun socorro. Con todo, ruego á Dios por la intercesion de San Pedro que los conserve inalterables en la fé orthodoxa, principalmente al pastor que ahora los gobierna (1)."

Este pastor era el Papa Eugenio, que habia sido elegido el 5 de Setiembre del año 654. El emperador habia dado orden de elegir nuevo Papa despues de la prision de San Martín, alegando que la silla estaba vacante so pretexto que este habia sido consagrado sin su consentimiento. La orden imperial se eludió todo el tiempo que fué posible; pero teniendo en Roma que el emperador pudiese un monotelita en el solio pontificio, se decidieron á elegir á Eugenio, que gobernaba la Iglesia romana como arcepiete en ausencia del Papa. La carta que acabamos de citar, testifica que San Martín habia aprobado aquella eleccion. Eugenio envió á procurarios á Constantinopla que se dejaron seducir con los artificios de los hereges; pero no quiso recibir las cartas sinódicas del patriarca Pedro, que habia sucedido á Pirro, y no se explicaba claramente acerca de las dos operaciones y las dos voluntades. Murió este Papa el 1.º de Junio del año 657, y le sucedió Vitaliano, que ocupó la Santa Sede cerca de quince años.

S. Máximo, que se habia mostrado uno de los adversarios mas celosos del monotelismo, fué arrebatado como San Martín y conducido á Constantinopla á principios del año 655, con Anastasio su dis-

(1) Martín, *Epist.* XVI et XVII.

cúpulo y otro Anastasio que había sido apocrisiario de la Iglesia romana. En cuanto arribaron fueron separados unos de otros y encerrados casi desnudos en diferentes prisiones. A poco tiempo los llevaron á palacio, donde sufrió Máximo un largo interrogatorio tocante á los crímenes de Estado de que se le acusaba; pero confundió sin dificultad á los testigos presentados para calumniarle; llegó el descaño y la servil adulación de un acusador hasta imputarle como un crímen de lesa magestad el haber dicho que el emperador no posee el sacerdocio. En seguida quisieron obligar á Anastasio su discípulo á que le acusara de haber maltratado á Pirro; y como no quisiese hacerlo, le golpearon violentamente y le volvieron á la prisión. En el mismo día fueron dos oficiales á buscar á Máximo, y trataron de vencerle haciéndole presente que los apocrisiarios del Papa Eugenio llegados la víspera á Constantinopla, consentían en comunicar con el patriarca Pedro; y en efecto, se habían dejado engañar con las sutilezas de este último, que reconocía dos voluntades, añadiendo que estaban unidas para formar una sola. Pero San Máximo respondió: "La desercion de estos legados no puede causar menoscabo alguno á la silla de Roma, porque no tienen carta para el patriarca;" y defendió la causa de la Iglesia con tanto vigor y confundió tan bien los vanos eufios de los monotelitas, que muchas veces manifestaron los oficiales del emperador que no tenían nada que replicar. Propusoles que persuadieran á Constante que imitara el ejemplo de su abuelo Heraclio, el cual había desaprobado la ectosis; pero despues de reflexionar algun tiempo y mostrar su perplejidad, se retiraron diciéndole: "La dificultad es insuperable." Muchas veces se dieron los mismos pasos con él, y siempre manifestó la misma firmeza. El patriarca Pedro en persona próbó á seducir á intimidar á Máximo; y como le amenazase con anatema y sentencia de muerte, se contentó él con responder: "Hágase la voluntad de Dios." Por último, el emperador por consejo de los monotelitas, desterró á Máximo y sus dos compañeros, que fueron conducidos á lugares distantes hácia las fronteras de Tracia, sin ninguna provision para su subsistencia, y casi sin vestido (1).

Sin embargo, como había grande empeño en ganar á Máximo porque se sabia de cuánta influencia era su ejemplo, le enviaron á Teodosio, obispo de Cesarea en Bitinia, y dos oficiales de los principales del imperio, para que le persuadieran á comunicar con el patriarca. Pero el santo obligó á este obispo con la evidencia de la discusion á confesar que el tipo era un miserable expediente político que podia ser una ocasion de escándalo y perdicion para muchos: luego hizo ver que los pasages citados por el patriarca bajo el nombre de los Padres eran sacados de los libros de Apolinar ó de Nestorio: ademas obligó á Teodosio á reconocer dos operaciones y dos

(1) Act. S. Maxim.

voluntades en Jesucristo, y aun le hizo prometer sobre la cruz y los Evangelios que se enviaria alguna persona á Roma en nombre del patriarca y del emperador para recibir la doctrina católica. De allí á poco tiempo fué llevado Máximo al monasterio de Regio cerca de Constantinopla, y fué el mismo Teodosio con dos patriarcas á instarle nuevamente que recibiera el tipo y comunicara con el patriarca, "porque sabemos, añadieron, que si consentis, todos seguirán vuestro ejemplo." San Máximo se volvió al obispo y le recordó lo convenido, y como éste alegase para disculparse la voluntad del emperador, el santo le echó en cara su perjurio y añadió que todas las protestades no le obligarian á hacer lo que se le exigia. Entonces se enfurecieron los patriarcas y dieron de puñadas al santo anciano, le arrancaron las barbas, y le escupieron en el rostro. El obispo logró con dificultad contener aquel arrebato brutal: ellos continuaron llenando de improprios y maldiciones á Máximo; despues le amenazaron que le expondrian á los insultos y malos tratamientos del populacho en la plaza pública, y uno de ellos añadió: "Yo te juro por la Trinidad, que si los infieles nos dejan un poco de descanso, te juntaremos con el Papa que tan orgulloso está, y con todos los charlatanes de este pais, y os trataremos á cada uno como Martin fué tratado." El emperador mandó que volvieran al santo á su primer destierro, y para hacerlo odioso á los soldados que guardaban la frontera, le acusaron de que no reconocia á la Santísima Virgen con Madre de Dios; pero él confundió tan odiosa calumnia pronunciando anatema contra todo el que fuera culpable de tal error, y así el comandante como los soldados le dieron las pruebas mas firmes de su veneracion. Los mas de los oficiales salieron á recibirle con los presbíteros y diáconos que seguían el ejército para celebrar el oficio, y había tanto anhelo por oír sus piadosos discursos, que los guardias por complacer á la corte le alejaron del campamento y le condujeron á otro parage donde fué puesto en prision.

Algun tiempo despues le hicieron volver á Constantinopla con sus dos compañeros, y se juntó un conciliábulo para anatematizarlos, así como al Papa San Martin, San Sofronio y sus partidarios, es decir, á todos los ortodoxos: luego el conciliábulo en union con el senado, pronunció esta sentencia contra ellos: "Ordenamos que el prefecto, aquí presente, os mande azotar con un vergajo y cortar hasta la raíz la lengua que ha sido el instrumento de vuestras blasfemias, y la mano derecha que ha servido para escribirlas, y despues seréis paseados por los doce barrios de esta ciudad, y condenados á destierro y á prision perpetua." La sentencia se ejecutó con todo rigor: el prefecto se apoderó de S. Máximo y de los dos Anastasios, mandó azotarlos y cortarles la lengua y la mano derecha, y los envió desterrados al pais de los lazos. Luego que llegaron, fueron separados, y se les quitó lo poco que tenían para sus necesidades, hasta el hilo y una aguja. No pudieron resistir mucho tiempo á tanto pa-

decer y tantos tormentos: San Máximo predijo el día de su muerte, que fué el 13 de Agosto del año 662; su discípulo Anastasio había muerto un mes antes; y San Anastasio el apocrisario murió tres años mas adelante, y mostró el resto de su vida el mismo celo en defender la fé católica.

Nos quedan muchos escritos de San Máximo, unos sobre el dogma, y otros sobre la moral: hay respuestas sobre muchas cuestiones de la Escritura; y como al leerlas él viese que eran difíciles de entender, añadió algunas explicaciones que recomienda como necesarias para comprender el texto. Sus tratados de moral no son mas que una serie de artículos que contienen máximas ó pensamientos sueltos sobre la vida espiritual. Escribió sobre las principales partes de la teología, y hay cinco diálogos suyos sobre la Trinidad, atribuidos en otro tiempo á San Atanasio. Habla de la Encarnación en todas sus obras dogmáticas y de controversia, y trata sobre todo la cuestion de las dos voluntades: ventila las mismas materias en varias cartas escritas á diferentes personas. San Máximo comentó las obras atribuidas á San Dionisio Areopagita, y no parece que las puso en duda. A ejemplo de la gerarquía eclesiástica de San Dionisio, y siguiendo el mismo método, compuso su *Mistagogía*, que es una explicación alegórica de la misa.

La tiranía y crueldades del emperador Constante le habian hecho odioso al pueblo de Constantinopla. Tenia aquel un hermano llamado Teodosio, generalmente querido por sus buenas cualidades; y temiendo que le quisiesen proclamar emperador en lugar suyo, mandó ordenarle diácono y á pocos años quitarle la vida; pero luego se le apareció muchas veces en sueños con vestiduras de diácono y un cáliz lleno de sangre; y esta vision unida al odio y desprecio que le profesaban, le determinó á ausentarse de Constantinopla, que habia sido el teatro de sus crímenes. Se embarcó, pues, para Sicilia el año 661, y á los dos pasó á Italia para intentar la reconquista del territorio que poseian los lombardos en las provincias meridionales. Habiéndosele frustrado esta empresa, se dirigió á Roma, donde dió algunas señales exteriores de religion: visitó muchas iglesias, asistió al santo sacrificio, y ofreció una alfombra tejida de oro á la basílica de San Pedro. Pero solo habia ido á aquella capital para asolarla: así es que mandó quitar todos los adornos de bronce que poseía, y hasta el techo de Santa Maria de los Mártires, llamada antes el Panteon. Despues de doce días de estancia en Roma volvió á Sicilia y se fijó en Siracusa, donde no tardó en hacerse detestable por sus continuas exacciones. Al fin sus cortesanos conspiraron contra él, y fué asesinado en el baño el año 668; le sucedió su hijo Constantino, apellidado Pogonato, que tuvo la gloria de extinguir la heregia de los monotelitas (1).

(1) *Teoph. Chr.—Paól. Hist. Longob. lib. V.—Anast. in Vitál.*

La luz del Evangelio continuaba esparciéndose por las provincias remotas del Occidente donde reinaba aún la idolatría. San Eloy, cuyo celo y afanes hemos dado ya á conocer, fué auxiliado por San Audomaro y San Amando en la conversion de los pueblos de la Bélgica. San Audomaro habia nacido cerca de Constanza, y se retiró con su padre al monasterio de Luxeuil bajo la direccion de San Eustasio; allí se distinguió tanto por sus virtudes, que San Acario, de Noyon, que habia sido monje de Luxeuil con él, persuadió al rey Dagoberto que le sacara de su monasterio para colocarle en la silla de Ternana el año 637, porque la mayor parte de los pueblos de esta diócesis, convertidos á fines del siglo III, habian recaído en la idolatría, y necesitaban de un apóstol para obispo. San Audomaro produjo una multitud de conversiones con su celo y milagros, arruinó los templos, y abolió casi enteramente la idolatría. Los santos Mammolino, Ebertran y Bertino, los tres monjes de Luxeuil, sacerdotes y versados en las ciencias eclesiásticas, fueron á tomar parte en las tareas de su paisano San Audomaro. Un señor convertido por éste le dió terreno para fundar un monasterio, cuyo abad fué algun tiempo San Mammolino, antes de ascender á la silla de Noyon; y luego lo fué San Bertino, que dió nombre á aquel monasterio. San Ebertran fué abad de la de San Quintin en Vermandois. San Audomaro murió hácia el año 667. La ciudad de Teruana se arruinó en el siglo XVI, y la diócesis se dividió en dos nuevas, la de San Audomaro y la de Boloña, que hoy están suprimidas.

San Amando nació el año 589 cerca de Nantes, de padres nobles y piadosos que le instruyeron desde la niñez en las santas letras. Pasados sus primeros años se retiró á un monasterio de la isla de Oye cerca de la de Rhe, en la costa de Poitou, y despues fué á Tours á orar en el sepulcro de San Martin, y entró en el clero de esta Iglesia; pero de allí á algun tiempo se marchó á Bourges, donde vivió quince años en una celda cubierto de un cilicio, sin comer mas que pan de cebada, ni beber sino agua. Muchos obispos, apoyados en la autoridad del rey Clotario, le obligaron á aceptar el obispado que admitió únicamente con la condicion, de no estar agregado á ninguna Iglesia particular, y de poder ir como los apóstoles á anunciar el Evangelio á diversos pueblos que todavia eran idólatras. Primeramente fué á predicar á la Bélgica donde rescataba tantos cautivos jóvenes como podia, y despues de instruirlos y bautizarlos, los enviaba á diferentes Iglesias: muchos llegaron á ser en adelante sacerdotes, abades y hasta obispos. Mucho tiempo hacia que nadie se habia atrevido á llevar la fé al pais de Gante, á causa de la ferocidad de los habitantes y de su terrible aversion al cristianismo: á San Amando no le arredraron las dificultades; pero tuvo que sufrir extraordinariamente: fué rechazado muchas veces con ignominia, y maltratado por los idólatras, que cometieron la crtedad de arrojar-

le al río. Los mismos que le habían acompañado le abandonaron; pero él continuó sus predicaciones viviendo del trabajo de sus manos. Por último, el milagro de la resurrección de un muerto, por las oraciones de un santo misionero, convirtió á aquellos bárbaros, que acudieron en tropel á buscarle y rogarle los hiciera cristianos: ellos mismos destruían los templos con sus propias manos, y San Amando les edificaba iglesias y monasterios con las dádivas del rey y de las personas piadosas. Después de estos triunfos inespérados marchó en busca de los esclavones recién salidos del Norte, que se habían despararramado hasta mas allá del Danubio, y anunció el Evangelio á estos bárbaros con mucha libertad, esperando conseguir la corona del martirio; pero como viese que cogía poco fruto, se volvió á los Países Bajos. San Amando reprendió al rey Dagoberto con entereza apostólica por el escándalo que daba á todo su reino: el príncipe, sumamente irritado, le expulsó de sus Estados; y San Amando aprovechó la ocasión para llevar la luz del Evangelio á regiones apartadas. Pero Dagoberto, que en medio de sus desórdenes conservaba todavía la fé, reconocido á la gracia que Dios le había hecho de concederle un hijo, llamó al santo obispo, se echó á sus piés, y le rogó que bautizase al niño y fuese su padre espiritual. Como San Amando no quisiese acceder á ello, hizo Dagoberto que le instasen San Eloy y San Audoen, que entonces eran sus principales oficiales: estos dos piadosos seglares representaron á San Amando, que dando aquella satisfacción al rey, tendría mayor libertad para predicar en todas partes y hacer mas bien. Cedió el santo obispo, y bautizó al príncipe, que se llamó Sigiberto, y en lo sucesivo hizo resplandecer en el trono de Austrasia tales virtudes, que le valieron el culto público. Bajo el reinado de Sigiberto consintió San Amando á instancias del rey y de muchos obispos en encargarse de la Iglesia de Maestricht. Esta silla estaba originariamente en Tongres; pero arruinada esta ciudad por Atila á mediados del siglo V, se trasladó á Maestricht. San Amando no pudo sufrir mucho tiempo la indocilidad de su pueblo y de su clero, y escribió sobre este punto al Papa San Martín: á poco tiempo pasó él mismo á Roma, y consiguió permiso del sumo Pontífice para renunciar su silla é ir á predicar otra vez la fé á los infieles. Cuando sus muchos años y la extenuación de sus fuerzas no le permitieron ya trabajar en una obra tan penosa, se retiró al monasterio de Elnon que había fundado cerca de Tournay, y que ha conservado su nombre hasta nuestros días. Murió el año 679 á los noventa de edad. Había fundado otros dos monasterios en Gante, uno de ellos llevaba el nombre de San Bason, su discípulo, y el otro el de la montaña de Blandin donde fué edificado. Los dos tuvieron por primer abad á San Floberto, que recibió á un santo obispo llamado Livino, el cual había ido de Irlanda para predicar la fé en el mismo país. Los bárbaros martirizaron á San Livino cerca de Gante hácia el año 656.

Los discípulos de San Amando fundaron tambien muchos monasterios en la Gاليا, la Bélgica y la Germania inferior: San Guinano fundó hácia el año 652 la abadía que llevó su nombre en el Hainaut. Jonas, otro discípulo de San Amando, fué el primer abad del Marchiennes. El monasterio de Nivelles fué fundado por consejo del santo obispo en favor de santa Gertrudis, hija de Pipino, ministro de palacio. Luego que esta santa fué abadesa, edificó otro monasterio á donde llamó muchos irlandeses, entre otros San Poilan y San Ultan, hermanos de San Furso. Erchinoald, ministro de palacio, había fundado un monasterio en Lagny sobre el Marne cerca de Chelles en favor de este último, y había en diferentes parages otros varios destinados especialmente para los irlandeses que iban á Francia por devoción. San Furso era irlandés, y descendía de una familia noble que le proporcionó una educacion brillante. Abandonó su país por el deseo de la perfección, y se retiró á otra provincia de Irlanda, donde á poco tuvo que edificar un monasterio para sus muchos discípulos; luego fundó otro en la Gran Bretaña en un terreno que le dió Sigiberto, rey de los ingleses orientales; y como se veia frecuentemente distraído por las importunidades de una multitud de personas que recurrían á sus consejos, dejó la dirección del monasterio á su hermano Froilán, y vivió un año en la soledad con su otro hermano Ultan. Las correrías de los paganos le determinaron al fin á pasar á las Gاليا, y murió por los años de 650. San Remacio á quien San Eloy había nombrado abad de su monasterio de Soignies, fué promovido á la silla episcopal de Maestricht en reemplazo de San Amando. Persuadió al rey Sigiberto que edificara los monasterios de Malmedy y Staveloes en el bosque de los Ardenas, y á los diez años de obispado se retiró á este último, donde concluyó santamente sus días. Su sucesor en la silla de Maestricht fué San Teodoro, á quien quitaron la vida los usurpadores de los bienes de su Iglesia.

Muchos discípulos de San Audoen fundaron asimismo monasterios, siendo los mas célebres los de Juniegos, San Geremaro y San Vandrilo. San Geremaro había renunciado sus bienes y abandonado la corte del rey Dagoberto por consejo de San Audoen, para abrazar la vida monástica, y edificó un monasterio cerca de Beauvais, que llevó su nombre. San Vandrilo, criado tambien en la corte del rey Dagoberto, donde ejerció un empleo de consideracion, abrazó igualmente la vida monástica, y se reunió á San Audoen que le ordenó sacerdote. En seguida, habiendo conseguido de la liberalidad del rey el territorio de Fontenelle, cerca de Ruan, fundó un monasterio en el que llegó á haber en poco tiempo hasta trescientos monges. Aunque el santo abad trabajaba con sus manos hasta en la vejez por dar ejemplo, se dedicaba tambien con celo á la conversión de los idólatras que todavía quedaban en la comarca. Entre los discípulos de San Vandrilo se distinguen San Lamberto y San

Ansberto, que los dos fueron abades de Fontenelle, y después arzobispos, el primero de Leon y el segundo de Ruan; y San Eremberto, que fué obispo de Tolosa doce años, y al cabo de ellos volvió á su monasterio, donde murió hácia el de 671. En adelante el monasterio de Fontenelle se conoció con el nombre de San Vandrilo. San Filiberto se había unido también á San Audoeno en la corte del rey Dagoberto: renunció al mundo á la edad de veinte años, y se retiró al monasterio de Rebais, cuyo abad fué elegido á la muerte de San Agilo. Habiendo visitado después los monasterios mas célebres de Francia é Italia, y estudiado cuidadosamente las reglas de San Basilio, San Macario, San Benito y San Columbano, resolvió edificar un nuevo monasterio, á cuyo efecto alcanzó de la reina Batilde el terreno de Jumieges en la diócesis de Ruan. San Filiberto puso al principio setenta monjes; pero muy pronto llegaron casi á quinientos. Entre otros muchísimos monasterios que se fundaron hácia la misma época, debemos citar como los principales el famoso de Lobbes sobre el Sambre, y otros tres de menos consideración que edificó San Landelino, señor francés, promovido al sacerdocio después de haber expiado los desórdenes de su juventud con una austera penitencia; el de Hautmont, por un señor llamado Maldegar, que se hizo monje y estableció la regla de San Benito; el de Mons, que dió origen á la ciudad de este nombre, por Valde-trudis, muger de Maldegar y parienta del rey; el de Maubeuge, por su hermana santa Aldegunda; el de San Judoco en el Pothieu por San Judoco, hermano de Judicel, rey de la Bretaña menor, que renunció también á la corona y se retiró á un monasterio; y el de San Fracrio en la diócesis de Meaux, por un santo irlandés de este nombre que se hizo célebre por muchos milagros. Varios santos obispos dejaron el báculo pastoral para abrazar la vida monástica: tales fueron San Gomberto, arzobispo de Sens, que fundó el monasterio de Senones en las montañas de los Vosgas en donde murió hácia el año 675; San Diosdado, de Nevers, que fundó también en los Vosgas un monasterio llamado Jointure, y San Hidulfo, bávaro de origen, primero monje en la diócesis de Tréveris, y después arzobispo de esta ciudad, de donde se retiró á los desiertos de los Vosgas para fundar un monasterio conocido con el nombre de Moyennoustier.

Muerto Dagoberto se dividió el reino entre sus dos hijos Sigeberto II y Clodoveo II. Este último congregó un concilio en Chalons-Sur-Saone, en el que se hicieron veinte cánones: en el primero se decreta mantener la fé de Nicea, confirmada en Calcedonia; lo que parece una precaución contra las novedades de los monotelitas: el objeto de los otros es asegurar la conservación de los bienes de la Iglesia, la libertad de las elecciones episcopales y la extirpación de la simonía. Es notable la prohibición de vender esclavos para enviarlos fuera del reino de Clodoveo, y la de las canciones deshones-

tas, la danza y las disputas en el recinto de las iglesias. Asistieron á este concilio unos cuarenta obispos, siendo los mas célebres San Dodolen, de Viena, San Vulfolendo, de Bourges, San Audoeno, de Ruan y San Donato, de Besanzon. San Vulfolendo había sucedido á San Sulpicio, que no pudiendo ya á causa de su vejez sostener el peso del obispado, le pidió por coadjutor y murió de allí á algunos años. También debemos citar á Diosdado, de Macon, Paladio, de Auxerre, Malardo, de Chartres, Graciano, de Chalons, Magno, de Avifion, y Chadoindo, de Mans, venerados como santos en sus diócesis. En este concilio no hubo ningún obispo del reino de Austrasia, donde reinaba Sigeberto. Este príncipe escribió lo siguiente á San Desiderio, obispo de Cahors, con motivo de un concilio que quería celebrar San Vulfolendo, arzobispo de Bourges: "Por deseos que tengamos de conservar los cánones, hemos convenido con los señores que no se congregue concilio en nuestro reino sin nuestra participación. No rehusamos concederle cuando se juzgue necesario para el bien de la Iglesia y del Estado, con tal que se nos avise. Por tanto, os rogamos que no concurrais á la asamblea que quiere celebrar Vulfolendo sin que sepais nuestra voluntad."

San Desiderio, á quien va dirigida esta carta del rey Sigeberto, había pasado la juventud en la corte de Clotario II y Dagoberto. En las cartas escritas con motivo de su elección á San Sulpicio y demas obispos de la provincia, el rey Dagoberto nota expresamente el consentimiento del pueblo. San Desiderio enriqueció su Iglesia dejándole por testamento diez heredades en Quercy y veinticuatro en Albigeois, ademas de una casa magnífica que tenia en la ciudad de Alby, su patria. Dió mas de cuarenta fincas á diversos monasterios en estas dos provincias, y se dice que la iglesia catedral de Cahors es todavía la misma que el mandó edificar. Murió el año 650; quedan varias cartas suyas á obispos y otras personas. También tenemos el testamento de San Chadoindo, por el que nombró heredera á su Iglesia, dejando diez y siete heredades á diferentes Iglesias particulares.

Bajo el reinado de los dos hijos de Dagoberto, la autoridad de los ministros de palacio comenzó insensiblemente á absorber la potestad real. Pipino, que había tenido este título en tiempo de Dagoberto, le conservó también con Sigeberto. Este príncipe, aprovechándose de los buenos consejos de Pipino y San Gumberto, que tenía á su lado, gobernó sábiamente y fué amado de sus vasallos. Pipino murió el año 640, muy llorado en Austrasia á causa de sus virtudes, que le merecieron ser venerado como santo en Nivelde de Brabante. Sus dos hijas Begga y Gertrudis son veneradas con culto público. Santa Begga se casó con Ansegiso, hijo de San Arnulfo, de Metz, y fué madre del célebre Pipino, de Herstal. Santa Gertrudis había resuelto ya á la edad de diez ó doce años consagrarse enteramente á Jesucristo; y como un día le propusieran su casa-

miento con el hijo del gobernador de Austrasia, respondió: "Jesucristo es mi esposo y no quiero ningún otro." Todo el mundo admiró su inclinación. Ita, su madre, cuya piedad era muy sólida, mandó edificar el monasterio de Nivelles, á donde muerto su esposo se retiró con su hija Gertrudis: nombrada ésta abadesa le gobernó con una prudencia superior á su edad. Meditaba sin cesar la Santa Escritura, y se dice que la sabia casi toda de memoria. La austeridad de su penitencia, sus ayunos y sus vigiliass casi continuas le abreviaron la vida, y murió el año 668, á los treinta y tres de su edad.

San Sigeberto, rey de Austrasia, falleció el 1.º de Febrero del año 656: entonces quedó Clodoveo II dueño de toda la monarquía; pero no sobrevivió mucho á su hermano. El ministro de palacio bajo el reinado de Clodoveo fué Erchinoaldo ó Archambaldo, recomendable por sus excelentes cualidades. Compró una esclava joven llamada Batilde, que descendía de los antiguos sajones establecidos en Inglaterra, y admirando el talento, la prudencia y la modestia de esta doncella, la eligió para esposa del rey Clodoveo, su soberano: todo el mundo aprobó esta elección. La elevación de Batilde sirvió para poner mas en evidencia su humildad, su caridad para con los pobres y su celo por la religion. Tuvo tres hijos de su matrimonio, Clotario III, Childerico II y Teodorico III. Habiendo muerto su marido Clodoveo el año 656 á la edad de veintitres, quedó Batilde encargada de la tutela de sus hijos y de la regencia del reino, y dió á la Iglesia el ejemplo de todas las virtudes, y al Estado pruebas de su prudencia y sabiduría. Cuidaba de seguir en todo los consejos de San Eloy, y cuando murió este santo obispo, le tributó los mayores honores: se dedicó á desterrar la simonía y á suprimir ciertas exacciones que reducian á los particulares á vender á sus hijos: fundó muchos monasterios, entre otros la célebre abadía de Corbie, y reedificó de nuevo el monasterio de Chelles que habia comenzado Santa Clotilde. Cuando sus hijos estuvieron en edad de gobernar, se retiró á él, y se sujetó como la última religiosa á la abadesa Bertila, á quien habia llamado del monasterio de Jouarre. Murió Batilde por los años de 690.

Hizo dádivas cuantiosísimas á las iglesias y monasterios, especialmente de Paris, Jumieges, Fontenelle, Faremoustier, Corbie, Jouarre y Luxeuil, y concedió tambien á muchos monasterios privilegios de exención conformes en el fondo con las exenciones ya establecidas por San Gregorio para los monjes de Italia. En la abadía de San Dionisio se conservaba la carta original de Clodoveo II, en que declaraba que á su instancia habia concedido Landry, obispo de Paris, un privilegio á este monasterio, y que en consecuencia prohibía que ningún obispo á otra persona se atreviese á disminuir nada de las rentas ó siervos del monasterio, ni aun á título de per-

muta, sin el consentimiento de la comunidad y el permiso del rey, ni sacar para llevarlos á la ciudad los cálices, cruces, ornamentos de altar, libros y otros muebles, con la carga de celebrar la salmodia perpetua de día y de noche, segun la institucion del rey Dagoberto y el ejemplo del monasterio de Agauno.

En la coleccion de Marculfo se halla la fórmula de un privilegio mas circunstanciado. El obispo diocesano promete conferir las órdenes á aquel que le presenten el abad y la comunidad, para ejercer sus funciones en el monasterio, bendecir un altar y enviar el santo crisma á los monjes todos los años, darles por abad el que ellos elijan, no arrogarse ningún derecho sobre los bienes del monasterio, ni sobre las ofrendas del altar, no entrar en él sino á instancia de los monjes y del abad, y retirarse despues de la celebracion de los santos misterios para no turbar la comunidad. Los monjes serán corregidos por el abad solo si puede, y únicamente en caso necesario le apoyará el obispo.

Marculfo era un monje que hizo de órden de San Landry una coleccion de las fórmulas usadas para los actos mas comunes, y la dividió en dos libros: el primero contiene principalmente las cartas reales, y el segundo los actos pasados entre particulares. En ella se ven muchas fórmulas tocante á la eleccion de los obispos, á saber: una solicitud del clero y pueblo pidiendo al rey por obispo cierto sugeto cuyo mérito conocian, y las órdenes expeditas por el rey al metropolitano para consagrar á tal obispo, á quien declara haber elegido con el dictámen de los obispos y grandes. Esta última fórmula manifiesta que los reyes principiaban á despreciar los reglamentos canónicos tocante á las elecciones, á no ser que se la considere para expresar simplemente el consentimiento ó el deseo del rey.

Habiendo muerto Clotario III, rey de Neustria, en el año 670, se sentó en el trono su hermano Teodorico por la diligencia de Ebroino que gobernó con el nombre del monarca joven. Pero como este ministro bra aborrecido de los franceses por su crueldad y avaricia, los principales señores reunidos para dar sucesor á Clotario, eligieron á Childerico II que ya reinaba en Austrasia: Teodorico fué encerrado en la abadía de San Dionisio. Ebroino tuvo que tomar el hábito monástico en Luxeuil, y únicamente debió la vida á la mediacion de San Leodegario, obispo de Autun, cuyo enemigo se habia declarado. San Leodegario pertenecía á una de las primeras familias del reino, y sirvió desde su niñez en la corte del rey Clotario II. Luego fué enviado al lado de su tío, obispo de Poitiers, que le instruyó en las sagradas letras, le hizo su arcediano y le comedió á poco el gobierno de la abadía de San Maxencio. Su nombramiento movió á la reina Batilde á llamarle á la corte; y habiendo vacado el obispado de Autun, juzgó que nadie era mas capaz que él de reparar el escándalo y los desórdenes ocasionados por la ambi-

cion de los que aspiraban á aquella silla. Al principio tuvo San Leodegario cierta influencia sobre Childerico, de quien vino á ser en alguna manera consejero; pero abandonándose despues este principe á sus pasiones, y no pudiendo sufrir las amonestaciones del santo obispo, concibió un ódio tan violento contra él, que resolvió muchas veces quitarle la vida. Detestado de los grandes por su tiranía, fué asesinado el año 673. Entonces San Leodegario que habia tenido que refugiarse en Luxeuil, fué repuesto honrosamente en su silla. Teodorico volvió á ocupar el trono de Neustria á la muerte de Childerico. La Austrasia reconoció á Dagoberto II, hijo de Sigeberto. Ebroino salió tambien de Luxeuil, y sabiendo que Teodorico por consejo de San Leodegario habia elegido ministro de palacio á Leudesio, hijo de Erchinoaldo, hizo que apareciese un hijo supuesto de Clotario III, para oponerle á Teodorico, levantó tropas, asesinó á Leudesio en una conferencia, y embistió la ciudad de Autun para apoderarse de San Leodegario. Los habitantes fieles á un pastor tan celoso y caritativo, se defendieron vigorosamente; pero el santo obispo, no queriendo exponer su pueblo, mandó abrir las puertas y se entregó. Inmediatamente le sacaron los ojos y le condujeron á la presencia de Ebroino, que mandó cortarle los labios y la lengua, y le encomendó á la custodia del conde Vaningo mientras ganaba á algunos obispos para que le depusieran, porque á pesar de su ódio y furor no se atrevia á quitarle la vida sin que precediera un juicio canónico. San Leodegario curó de sus heridas y habló despues de una manera que pareció milagrosa. El conde Vaningo le honró como mártir, y le dió por morada el monasterio de Fecamp que habia fundado. Ebroino, que abandonando su fantasma de rey, habia obligado á Teodorico á nombrarle ministro de su palacio, llamó á San Leodegario al cabo de algunos años, encontró algunos obispos bastante complacientes para que le entregó al conde de palacio para que le quitara la vida y arrojara el cadáver en un pozo en medio de algun bosque, á fin de que no pudiese hallarse. Pero la muger del conde cuidó de que el santo obispo fuera enterrado en un oratorio, y se obraron muchos milagros en su sepulcro: en seguida se trasladaron sus reliquias al monasterio de San Maxencio, cuyo abad habia sido. San Leodegario fué condenado á muerte el año 678, y de allí á tres fué asesinado Ebroino: entonces volvió San Lamberto, obispo de Maestricht, á su Iglesia, de donde habia sido expulsado á la muerte de Childerico. En este intervalo se habia retirado el santo obispo al monasterio de Stavelo, donde se sujetó como el último monge á todas las observancias monásticas.

En España era frecuente la reunion de concilios para mantener las reglas de la disciplina. Veintiocho obispos y once diputados de ausentes asistieron al sétimo de Toledo, congregado el año 646 bajo el reinado de Chindasvinto. En él se hicieron seis cánones, el primero de los cuales declara excomulgados por toda su vida á los

clérigos que tomen partido con los revoltosos, porque el poder de los reyes godos estaba siempre mal seguro. Si el celebrante cae enfermo no consagrar los santos obispos, otro obispo ó otro presbítero podrá continuar y suplir su falta. Estos accidentes eran entonces mas frecuentes, particularmente los dias de ayuno, á causa de lo larga que era la liturgia, y de la avanzada edad de los obispos; y de ahí vino el uso de los presbíteros asistentes. Se prohibe á los obispos hacer las visitas con mas de cinco caballos. Se prohibe á los eremitas vagamundos, ni reclusos ignorantes, y no se permitirá vivir en la soledad mas que á los que se hayan formado algun tiempo en los monasterios.

Despues de Chindasvinto reinó Recesvinto, que asistió al concilio octavo de Toledo el año 653, y mandó leer su profesion de fé, en la que declara que admite los cuatro concilios generales sin hablar del quinto. Los obispos formaron doce concilios generales sin hablar del quinto. Los obispos formaron doce cánones, si pueden llamarse así unos reglamentos escritos en estilo tan confuso y figurado que no es facil entenderlos. El primero contiene su profesion de fé, es decir, el simbolo de Nicea, tal como se decia en la misa, con la adiccion *Filioque* al hablar de la procesion del Espíritu Santo. El tercer cánón es contra la simonia. Hay cuatro contra la incontinencia de los clérigos, particularmente contra los subdiaconos que suponian poder casarse despues de ordenados. Los que sin una necesidad evidente hayan comido carne en la cuaresma, no la comerán en todo el año, ni comulgarán por Pascua. Los que se vean precisados á comerla por sus muchos años ó por enfermedad, no lo harán sin permiso del obispo. El rey deberá proteger la fé católica y no cometer exaccion con sus vasallos, y lo jurará antes de tomar posesion del reino. Firmaron este concilio cincuenta y dos obispos y los diputados de diez ausentes, y diez y seis condes de los principales oficiales del reino. Despues de las suscripciones hay un decreto del concilio tocante á la disposicion de los bienes del rey, y un edicto que le confirma. Así se ve que los obispos de España tomaban parte con los grandes en el gobierno temporal.

El concilio noveno de Toledo, celebrado dos años mas adelante, hizo diez y siete cánones, muchos de ellos dirigidos á reprimir los abusos en la administracion de los bienes eclesiásticos, y á evitar que despues de la muerte del obispo los comprendan sus herederos en la sucesion. Da ó confirma á los fundadores de las iglesias ó monasterios el derecho de presentar sacerdotes para servirlos sin que el obispo pueda nombrar otros en perjuicio de aquellos. Los hijos ilegítimos de los clérigos, obligados á guardar continencia, son asignados á la Iglesia como esclavos. En el concilio décimo, celebrado el año 656, se decreta que las viudas consagradas á Dios hagan su profesion por escrito ante el obispo ó su delegado, y que lleven un velo negro ó violado en la cabeza. Las que dejen este traje serán excomulgadas y encerradas en monasterios. En una